

De Chupacabras a Mapinguarí

Fernando J. Soto Roland

Profesor en Historia por la Fac. de Humanidades, UNMdP (Argentina)

Existen aún animales a los que se supone de la época jurásica, monstruos que derribarían y devorarían a los más feroces y grandes de nuestros mamíferos. (...) ¿Que cómo lo sé?, me preguntan ustedes. Lo sé porque yo he visitado sus ocultas guaridas. Lo sé porque he visto algunos de esos animales con mis propios ojos.

Arthur Conan Doyle
El Mundo Perdido

Conversaciones con un criptozoólogo

Introducción

A mediados del mes de julio de 2018 tuve la suerte de concretar un encuentro que venía posponiendo — por un motivo u otro— desde hacía más de siete años. Finalmente, y gracias a la magia de *Facebook*, la cita con Luis Jorge Salinas y su hermano Sergio se convirtió en una realidad concreta, pudiendo así acceder, de manera directa y sin intermediarios, a unos de los relatos más extraordinarios en la historia reciente de la tan cuestionada *criptozoología*. Una historia que nos habla de monstruos supuestamente extintos hace más de 10 000 años, pero que numerosos testigos juran y perjuran haberlos visto deambular hoy día por las selvas de la Amazonía brasileña. Luis Salinas es uno de ellos. Pero a diferencia del resto, este marplatense aventurero, amable y generoso asegura haber sido testigo no de uno, sino de una manada entera de dichos monstruos, a lo largo de veinte noches consecutivas, hacia mediados de la década de 1980. Toda esta asombrosa experiencia está plasmada en un libro que Luis y Sergio Salinas escribieron y publicaron digitalmente recién en 2010¹ (y que gentilmente me enviaron por mail un año más tarde). Desde la portada misma,

advertían a los posibles escépticos de que los eventos allí relatados no eran producto de la ficción literaria, la exageración o la mentira:

Doy mi palabra de honor que todos los acontecimientos que se evidenciarán en este libro son reales.

Claro que el monstruo en cuestión resultó ser un viejo conocido: el *mapinguarí*. Ya había escrito algo sobre él a poco de regresar de la expedición que me llevara al Perú a fines del siglo pasado²; y si bien el diario *La Capital de Mar del Plata* se retrasó un buen tiempo en publicar mi artículo —redactado aproximadamente hacia fines de 1999—, la «noticia de la bestia» me era familiar³.

Al releerlo hoy, después de casi 20 años, solo suscribiría una parte de aquellas páginas. La verdad es que ya no me veo reflejado en esas líneas. Hay en ellas más deseos que realidades. Más fantasía que hechos concretos. Y cuando me pregunto por qué escribí sobre ese tema del modo en que lo hice, no puedo más que contextualizar ese lejano acto y encontrar solo una causa: la influencia de la inmensidad de la selva sudamericana. Ese *Infierno Verde* del que habló el desaparecido explorador Percy Harrison Fawcett, y que me

Amazonia, la última frontera del imaginario

Primer artículo
Hace cinco años que he regresado a la Amazonia...

El título de este artículo es una referencia a la novela 'El hombre que se volvió árbol' de David Oren...



En la Amazonia y en otros países amazónicos, desde siempre, el 'Tabaco de los curules'...

El título de este artículo es una referencia a la novela 'El hombre que se volvió árbol' de David Oren...



Mapinguari, personaje ficticio que aparece en la novela 'El hombre que se volvió árbol'...

El título de este artículo es una referencia a la novela 'El hombre que se volvió árbol' de David Oren...

El título de este artículo es una referencia a la novela 'El hombre que se volvió árbol' de David Oren...

El título de este artículo es una referencia a la novela 'El hombre que se volvió árbol' de David Oren...

El título de este artículo es una referencia a la novela 'El hombre que se volvió árbol' de David Oren...

El título de este artículo es una referencia a la novela 'El hombre que se volvió árbol' de David Oren...

El título de este artículo es una referencia a la novela 'El hombre que se volvió árbol' de David Oren...

El título de este artículo es una referencia a la novela 'El hombre que se volvió árbol' de David Oren...

El título de este artículo es una referencia a la novela 'El hombre que se volvió árbol' de David Oren...

Artículo del autor en el diario La Capital de Mar del Plata (4-2-2001)

acogiera en su seno por espacio de casi un mes.

Pero no nos dispersemos. La verdad sea dicha, no tenía idea de la existencia de criptozoólogos en nuestro país y mucho menos de que alguien se dedicara a investigar la leyenda del mapinguarí tan cerca de casa. Leí con ansiedad las 80 páginas del escrito y noté que estaba ante una crónica que superaba con creces las experiencias narradas anteriormente por David Oren. Contrariamente a este ornitólogo yanqui (que siempre habló por boca de terceros), Luis Jorge Salinas daba su testimonio en primera persona. De partida, no encuentro ningún motivo que lo llevara a mentir deliberadamente, lo que no significa que esté convencido de que la bestia en cuestión haya sido el animal que él sugiere.

Su historia es fascinante. Por esa razón, y a fin de tener una composición de lugar lo más completa posible, la comentaré en estas páginas, basándome en la charla que tuve personalmente con Luis y las vicisitudes expuestas en su interesante libro. La cordial conversación que mantuve con él hace solo unos días fue, como convenimos de entrada, «a calzón quitado». Cada uno sabía desde dónde hablaba el otro (am-

bos conocíamos nuestras posturas) y si bien en ningún momento nos propusimos modificar nuestros tan disímiles pareceres, su seguridad me impactó. Una cosa es leerlo y otra muy distinta compartir unos mates y charlar mirándonos a los ojos. Conozco a los *chantas*. He pasado meses enteros en Capilla del Monte conversando con personas que dicen tener contactos con alienígenas o poseer poderes especiales. Por eso de algo estoy seguro: Luis no miente. No tiene (ni tuvo) por qué hacerlo. Es un hombre honesto consigo mismo. Un hombre que tuvo una experiencia anómala, totalmente fuera de lo común, que le marcó la vida. Solo por eso tiene mi más profundo respeto.

El problema —si así podemos llamarlo— es que partimos de posturas epistemológicas diferentes. Mi escepticismo y formación me impiden sostener una conclusión tan rotunda y «revolucionaria» como la suya, apoyándome únicamente en su testimonio o en el de tantos otros. Puede que suene antipático, pero así funciona el conocimiento científico. Incluso la técnica de la *historia oral* requiere de pruebas concretas. No bastan los dichos o las experiencias personales, por más vívidas que estas hayan sido. La cuestión, en estos casos, no es creer, sino probar que lo que se cree haber visto es real. En un juicio por jurado, no creo que su postura saliera ganadora. Al menos por ahora. Como él mismo me dijo: «No tengo pruebas de nada». Claro que eso no impide que en el futuro alguien encuentre al tan mentado y elusivo perseguido gigante (ojalá sea Luis) y, en ese caso, yo sería el primero en reconocer mis errores. Hasta tanto eso ocurra, hay muy poco de donde agarrarse firmemente. Nadie puede probar que algo no existe. La carga de la prueba es responsabilidad de quien afirma respecto de la existencia de algo (ovnis, marcianos, fantasmas, monstruos); y me consta que Salinas le dedica al tema mucho tiempo.

Así todo, como historiador abocado al estudio del imaginario, la leyenda del mapinguarí es por demás rica, interesante y digna de ser estudiada. El aporte que Luis Salinas me dio en su convincente exposición hizo que me desayunara con muchas variantes que desconocía; y que me permitirán escribir un estado de la cuestión sobre la búsqueda e historias derivadas de tan elusiva criatura.

Locuras de juventud

Hay viajes que marcan un antes y un después en nuestras vidas. Viajes iniciáticos de los que regresamos siendo otros y que muchas veces determinan lo que haremos durante el resto del camino. Sin duda, el que Luis emprendió a mediados de la década de los ochenta fue uno de esos.

Con solo 24 años de edad y un evidente espíritu de

aventura a cuestras, 1985 sorprendió a Salinas viajando y trabajando por Brasil; empleado temporalmente en una granja dedicada a la cría de gallinas, 38 kilómetros al sur de la ciudad Manaus, sobre la ruta amazónica AM-10. Y fue allí, en ese paraje exótico para un marplatense acostumbrado a las inmensidades del mar, donde sin proponérselo entró en contacto con *lo extraño*; con una leyenda que desconocía y que terminó —según me comentara— quitándole el manto de escepticismo que había cargado desde siempre.

Cuenta Luis que al anoecer, cuando las tareas diarias se relajaban y los empleados de la granja compartían los últimos momentos de esparcimiento del día, podían escucharse —especialmente en las noches sin luna— unos aullidos estremecedores, provenientes de la selva vecina y que los locales atribuían —contrariando la leyenda clásica— al *lobisón*, u hombre lobo (*lobisomem*, en portugués).

Curioso por naturaleza, Luis decidió —no sin cierto sarcasmo— esperar al personaje a la vera del camino por el que creían oírlo. Armado con un rifle que le habían dado para que matara los gatos salvajes que atacaban a los pollos, se agazapó, completamente a oscuras, a un costado del camino que pasaba por delante del portón de entrada a la granja y esperó. Fue así que vio a la criatura por primera vez.

Al principio oyó los mentados aullidos y algo que se le acercaba. Suponiendo que era algún bromista, esperó tenerlo cerca, disparar al aire y ahuyentarlo. Pero lo que se le puso por delante, a solo ocho metros de distancia, fue algo totalmente inesperado: una silueta semejante a la de un gorila que caminaba, balanceándose de un lado a otro, en clara posición bípeda. Tenía 1,70 metros de altura, cabeza pequeña en relación con el cuerpo, hocico corto y ojos brillantes. Sus enormes brazos colgaban por delante, con grandes garras, y sus patas traseras, cortas y anchas, lo mantenían erguido. El cuello parecía delgado e inclinado hacia adelante, mostrando una joroba en la

espalda y todo el cuerpo cubierto de pelaje que, por la oscuridad, percibió de color negro, excepto en el pecho que le pareció lampiño. Lo definió como un gorila con cabeza de perro.

Cuenta que, sin más, decidió dispararle. El animal recibió el impacto de frente y cayó al suelo, pero a poco de hacerlo, se volvió a reincorporar de espaldas a Luis, con la cabeza «colgándole como un colgajo» y sus patas delanteras apuntando hacia arriba. Segundos después, a cuatro patas, salió corriendo hacia las sombras, chocándose contra varios árboles en su huida, como si estuviera ciego. Sorprendido, Salinas dice que lo oyó trotar y, tras un corto galope, escuchó cómo se desplomaba en algún sitio.

Dada la situación, no se animó a buscar el cuerpo y regresó junto a sus compañeros de trabajo que, desde lejos, dijeron haber atisbado —a poco menos de una cuadra de distancia— una silueta oscura.

Excitados por la experiencia, y sin dejar de referirse al *lobisón*, permanecieron hablando sobre el tema un par de horas. Finalmente, cuando el cansancio los alcanzó, se fueron a dormir. Pero aquella noche tenía aún más por ofrecer.

Transcurridas unas tres horas de los hechos, un nuevo aullido, esta vez más poderoso que el primero, resonó en las inmediaciones. Luis saltó de la cama, tomó el rifle y se asomó para ver qué ocurría. Una nueva silueta, esta vez de unos tres metros de altura, parada sobre sus dos patas y rugiendo a más no poder, parecía amenazarlo desde el alambrado de la entrada a la granja. Pasados unos pocos minutos, el animal se retiró del lugar⁴.

A partir de entonces, todas las tardes después de oscurecer, me sentaba a mirar hacia la ruta en plena oscuridad y realmente las sombras grandes continuaban pasando, pero ya sin aullido ni ruido alguno (...)

De acuerdo con su relato, Salinas tuvo tiempo suficiente (veinte noches) para reconvertirse y pasar de cazador a etólogo. Sus observaciones le permitieron

Hay viajes que marcan un antes y un después en nuestras vidas. Viajes iniciáticos de los que regresamos siendo otros y que muchas veces determinan lo que haremos durante el resto del camino.



Florentino Ameghino, en su depósito arqueológico, hacia 1902. Foto: Archivo General de la Nación Argentina.

recolectar una información preciosa respecto de las características físicas del animal y su comportamiento. En la primera edición del libro, resume las siguientes (amén de las señaladas arriba):

- Se comunican entre ellos gesticulando y vocalizado, estirando la cabeza hacia arriba y emitiendo lo que se parece mucho al croar de los sapos.
- Sus aullidos, cuando los emiten terminan como en un eructo.
- Olfatean como lo hacen los perros rastreadores.
- La hembras (a las que supongo identificó por la falta de un pene, aunque no lo señala explícitamente) son más pequeñas de los machos y las encargadas de alcanzarles el alimento a las crías.
- Les gusta comer hojas de los árboles de mango.
- No evidencian miedo alguno a los seres humanos.
- Son extremadamente elusivos.
- Se trasladaban por el medio de la ruta AM-10 (que por entonces —1985— permanecía la mayor parte del tiempo sin circulación).
- No eran agresivos, no atacaban a los pobladores.

Una interpretación pleistocénica

Frente a este extraño panorama, y sin poder definir o catalogar certeramente a semejantes criaturas, Salinas se limitó a llamarlas *especie desconocida*; no asocián-

dolas sino hasta mucho más tarde con el mapinguarí.

Pero, ¿en qué momento el marplatense tomó por el camino que siguiera Florentino Ameghino, casi un siglo atrás?

Con fecha 20 de agosto de 1993, la revista *Goeldiana Zoología* publicó en su fascículo 19 un singular artículo, escrito por un desconocido ornitólogo estadounidense llamado David C. Oren, titulado «¿Los perezosos terrestres sobrevivieron a tiempos recientes en la región amazónica?»⁶. Oren, por aquellos días destacado en el Departamento de Zoología del Museo Paraense Emilio Goeldi —en Belém, Estado de Pará, Brasil—, lanzó una verdadera bomba al sugerir que el mapinguarí —un monstruo mitológico presente en el imaginario de los aborígenes amazónicos desde hacía siglos— no era otra cosa que un residual perezoso terrestre de regular tamaño, considerado extinto desde fines del Pleistoceno.

Que una persona con formación científica, hasta ese momento inscripto dentro de la ortodoxia, lanzara semejante afirmación (tanto por escrito como por televisión) tuvo sus costos. Demasiados caros, según se deja entrever en su artículo de la revista *Edentata* del año 2001⁷. La credibilidad de Oren decayó en la misma proporción en que aumentó su desprestigio; y nada pudo hacer para revertir el proceso. Incluso la ilustración que decoró la tapa de la revista *Edentata*

(única dedicada al estudio especializado de osos hormigueros, perezosos y armadillos) denota una cierta actitud irónica por parte de los editores.

Pero, ¿cómo se metió Oren en semejante berenjena? ¿Qué fue concretamente lo que dijo? ¿Qué pruebas aportó?

Tradicionalmente, los habitantes de la Amazonía hablaban de un monstruo terrible que habitaba en el interior de la selva. Lo llamaban *mapinguarí* y era descrito como una criatura bípeda, con los pies vueltos hacia atrás, cubierto de pelo color rojizo y capaz de emitir un alarido (rugido o aullido, según el caso) que helaba la sangre. Pero eso no era todo. La leyenda también contaba que tenía un solo ojo en la frente, a modo de cíclope, y grandes garras en sus manos, amén de ser resistente a las flechas, poseer una segunda boca en el abdomen y la capacidad de emitir un fuerte y nauseabundo olor, que utilizaba para atontar o ahuyentar a sus enemigos, como hacen los zorrinos. Sus hábitos eran nocturnos y su mayor capacidad, la elusividad⁸.

Este bicho tan difícil de encontrar es uno de los tantos ejemplos de la fauna fantástica del aborígen amazónico, muy productivo a la hora de idear seres con capacidades sobrenaturales (propias de la cosmovisión mágico-religiosa-animista que los identifica) y útil, según dice el propio Oren, a la hora de asustar a los niños, evitando que vaguen por el bosque. Un *Cuco* selvático, pedagógico y temido. Pero nadie antes de Oren había asociado al mapinguarí con el perezoso terrestre gigante.

Con la seguridad de estar frente a un milodón que vivía en la selva, Oren se lanzó en su búsqueda. Metió unas cuantas imágenes publicadas en libros de paleontología en una carpeta y salió a recorrer distintas comunidades indígenas, mostrándoselas y averiguando si habían visto al animal de los dibujos. Como era de esperar, «cada testigo que he entrevistado ha dado descripciones muy similares (a ellos)»⁹.

Sensibilizado por su creencia, David Oren es el portador de un estereotipo que quiere hallar a toda

costa en el relato de los demás; y es así como los contamina con su juicio previo, encontrando lo que quiere encontrar; identificando los rasgos comunes de su criatura en todos los dichos. Oren pone el pensamiento al servicio del deseo¹⁰, proyectando eventos extremadamente poco probables en términos creíbles, sosteniendo todo el andamiaje en dichos imposibles de constatar.

En su artículo de 2001, Oren se limitó a repetir algunas de sus ideas previas y agregar siete nuevos testimonios, esta vez relacionados con supuestas carcerías exitosas practicadas en distintos estados amazónicos de Brasil. Pero todas resultan imprecisas. De todos modos —a partir de estos y otros *testigos*— el ornitólogo reajustó el modo de caracterizar al mapinguarí, señalándolo como un animal veloz, y algo más chico de como lo imaginara al principio: a lo sumo de dos metros de altura en posición bípeda (amén de todos los rasgos antes señalados). Es que estudios paleontológicos realizados en el Caribe —Cuba y Puerto Rico— en 1997 establecían una alta probabilidad de que un perezoso terrestre «relativamente pequeño y semi-arborícola», hubiera evolucionado allí en épocas pleistocénicas.

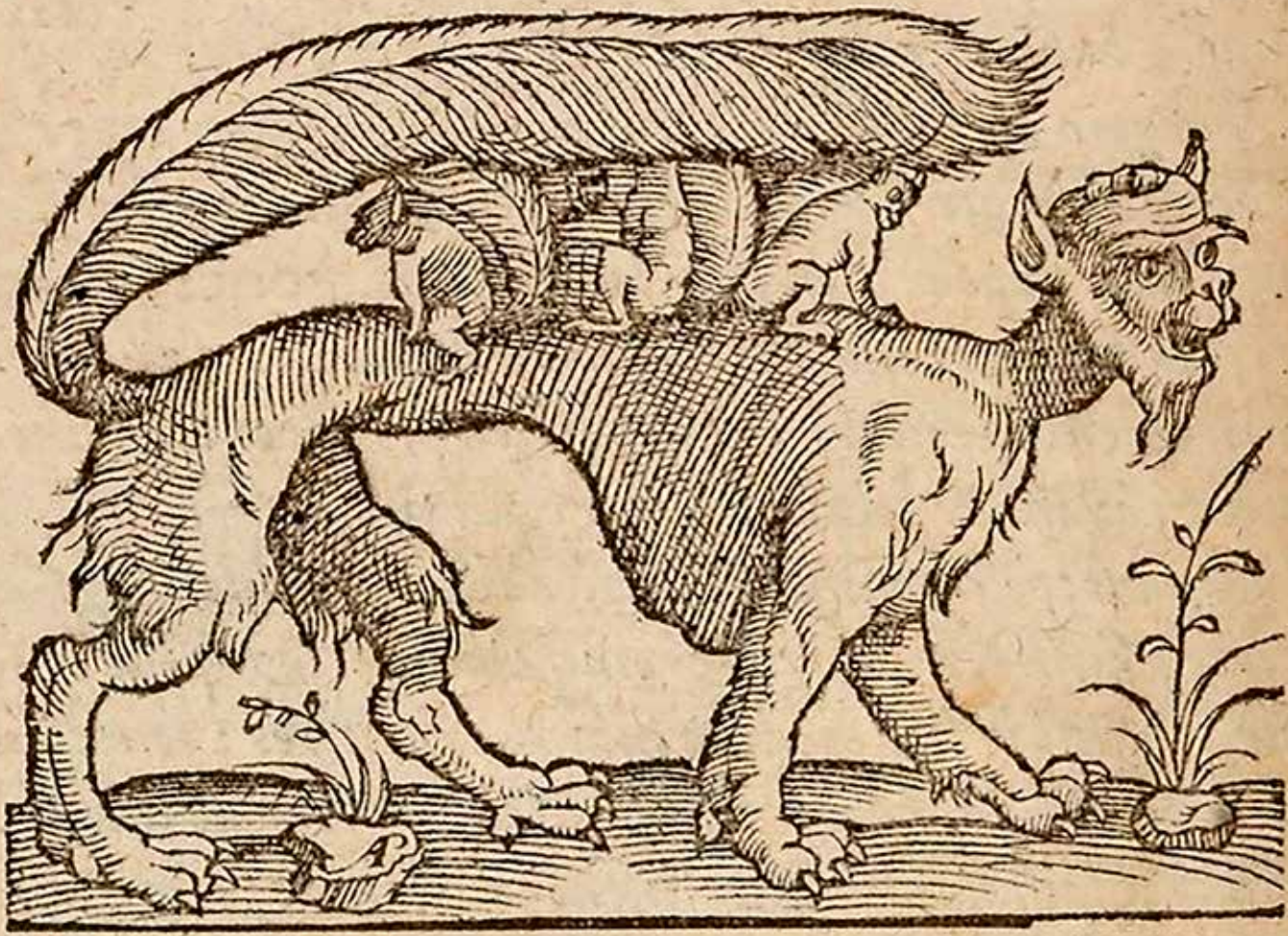
En resumidas cuentas, David Oren seguía sin tener nada entre sus manos. El mapinguarí se le escurría una vez más. Tal vez por eso acudió al principio de autoridad —siempre bienvenido en estas lides— y citara como crédulo antecesor a don Florentino Ameghino y su amigo Ramón Lista¹¹.

Según consigna en su libro *Salinas* —escrito en 2010, 25 años después de los eventos— recién en 2003, tras la lectura de los artículos de David Oren empezó a relacionar su ignota especie con el legendario mapinguarí del Amazonas y, por ende, con los perezosos terrestres gigantes¹².

Muchos recuerdos, ninguna prueba

Según observo, recién entonces la historia empezó a cobrar importancia, y de simple anécdota viajera se convirtió en el privilegiado testimonio de un aparente

Tradicionalmente, los habitantes de la Amazonía hablaban de un monstruo terrible que habitaba en el interior de la selva. Lo llamaban mapinguarí.



El sucarato, bestia imaginaria de la Patagonia, en un grabado de André Thevet (1558)

evento criptozoológico, como también en una cruzada personal para el autor. ¿De qué pruebas dispuso Salinas a la hora de escribir sobre su experiencia?

Físicas, ninguna. No hay fotos (ni una sola a pesar del largo período de observación), no hay dibujos de la época (el retrato hablado del monstruo se hizo recién en 2010/2011), no hay testimonios de otros testigos (sus compañeros de la granja) que hayan visto con tanto detalle las bestias y, obviamente, tampoco hay restos óseos o de algún otro tipo. Entonces, ¿cómo avalar todo lo que hemos leído? ¿En qué se apoya el relato? El propio Salinas lo explicita: «Solo lo que yo guardo [guardaba hacia 2010] en la memoria»¹³.

Es aquí donde encuentro uno de los puntos más flacos de todo el asunto: la extrema confianza en los recuerdos de hechos acaecidos 25 años atrás. Está probado que la memoria es selectiva. Que recrea los recuerdos. Que estos cambian según las circunstancias y contextos en que se las rememora; y que detalles determinantes de la historia se quitan y se agregan inconscientemente, sin una clara voluntad de mentir. Somos fabricantes, a la postre, de falsos recuerdos. Nos pasa a todos. De ahí mi pregunta: ¿hasta qué punto lo rememorado por Salinas no se amoldó a lo que leyó en los artículos de David Oren? ¿Qué seguridad podemos tener de que su testimonio (honesto, por cierto), pero después de dos décadas y media, refleje

la *verdad* tal y como él la cuenta?

Que vio algo extraño, de eso no hay dudas. Pero, ¿realmente se ajusta tanto a las descripciones de dio Oren? ¿Acaso no se está reproduciendo lo que creemos sucedió con los aborígenes cuando el ornitólogo Oren los entrevistó años atrás mostrándoles dibujos de bestias pleistocénicas? Es solo una posibilidad, con la que Salinas, seguramente, estará en desacuerdo. Pero yo también soy honesto intelectualmente y no puedo dejar de plantearla.

Por fortuna, Luis volvió a escribir al respecto. En 2012 —a dos años de la primera edición de su libro— publicó un breve artículo en el que se evidencia una clara reelaboración de la idea inicial¹⁴. En él se plantean algunos aspectos que, en principio, no encontramos en sus primeros dichos. Estamos, pues, ante una hipótesis —por probar— que, no por ser en extremo original, nos resulte fácilmente aceptable.

Una de las primeras cosas que me llamó la atención fue la intención que el autor expuso a la hora de mover su pluma: esclarecer, entender y —por sobre todas las cosas— alertar a las autoridades y ciudadanos, en especial a niños y jóvenes, respecto de animales desconocidos, nocturnos, con grandes garras y una defensa química (fuerte olor pestilente), tan o más peligrosos que los grandes felinos. Debo confesar que metía miedo. Pero, ¿se estaba refiriendo al mismo ani-

mal «no agresivo» de 1985, con el que había compartido el mismo espacio, a escasos metros de distancia y en plena oscuridad?

Inquietaba. Máxime si se tiene en cuenta la indiferencia con que fuera recibida su hipótesis por parte de autoridades, instituciones y órganos científicos. Todos —según Salinas— habían hecho oídos sordos a sus consejos. Una vez más, la ciencia parecía conspirar contra el bienestar general, desatendiendo opiniones heterodoxas y dejando los dichos de Luis al mismo nivel de los cuentos que las madres de la Amazonía relatan a sus hijos con el fin de evitar que se metan en el bosque. El *Cuco* reaparecía, pero esta vez asociado a mutilaciones de ganado y ataques a seres humanos, desde Tierra del Fuego a Estados Unidos.

Salinas había dado un gran salto, pero con solo pruebas circunstanciales difícilmente lo iban a tomar en serio. Según su nuevo parecer, el lejano mapinguarí amazónico había extendido su área de influencia a tal punto que muchos de los rumores referidos a seres del folclore —publicitados cada tanto en periódicos locales y revistas sensacionalistas, noticias extrañas y relatos de fogón— aludían a la misma bestia: un megaterio de talla mediana, posiblemente —según Luis— un *Megalonix wheatleyi* (o uno muy similar); aunque sin descartar que otros megaterios de diferentes texturas pudieran también ser los responsables de los sangrientos ataques. Escribe:

Hay que entender a los testigos casuales, sus reacciones ante lo desconocido y la asociación, por así decirlo, que hizo en su mente, en un instante inesperado. Para entender las apreciaciones testimoniales hay que tratar de saber cómo define cada observador a una especie animal desconocida, bajo presión, distancia, ángulo e iluminación y qué información mítica o periodística asoció en ese instante en su mente, de los cuales puedo ofrecerles varios ejemplos¹⁵.

Acto seguido despliega un larguísimo listado de críptidos y criaturas folclóricas que vincula con su aparentemente violento *Megalonix*:

Humanoides, lobisón, chupacabras, hombre-lobo,



Recreación de un megaterio (Wikimedia)

perro-grande, mono-grande, chanco-perro, shullia-chaque, diablo, mulánima, comecabras, más 20 denominaciones regionales en distintos países de habla hispana. Lobisomen, paca-lobo, cape-lobo, homen-lobo, Mapinguarí, curupira, mula-sem-cabeza, boy-de-ouro, chupa-chupa, pé-de-garrafa y otras 10 en lenguas nativas o regionales de Brasil; (...) luisó/luisón, más 3 definiciones legendarias en lengua guaraní; y swampy-beast, skunk-ape, wolf-man, dog-man, fouke-monster, Jonesville monster, wendigo, bo-

Una vez más, la ciencia parecía conspirar contra el bienestar general, desatendiendo opiniones heterodoxas.

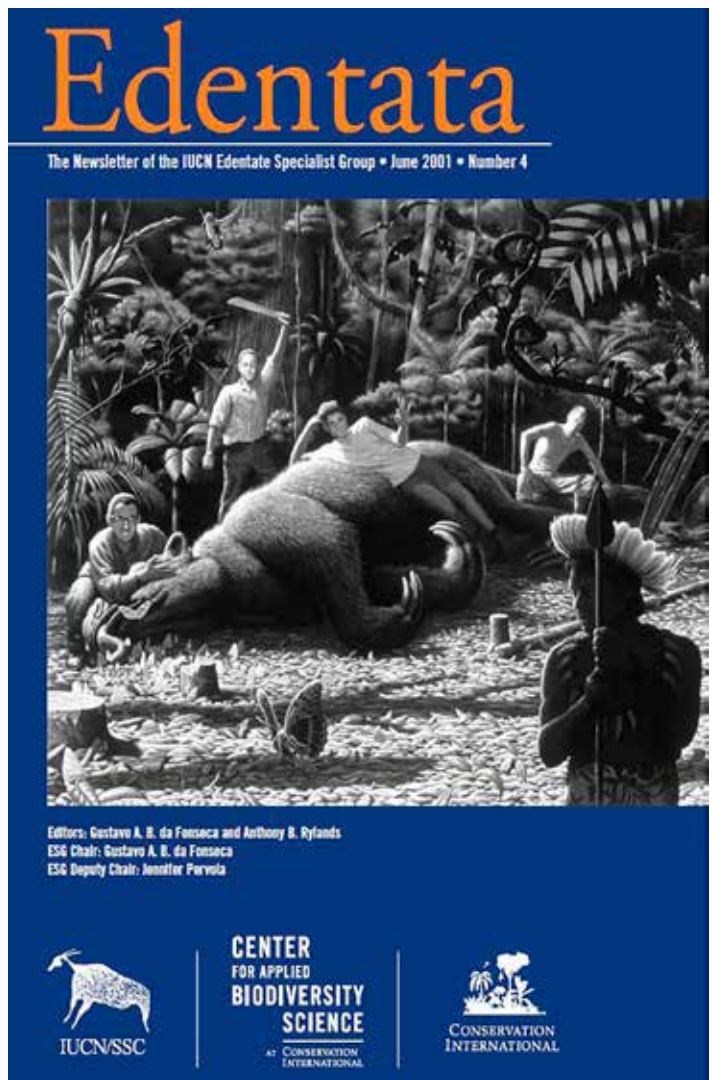


Caricatura de un mapinguari (Paulo Magno, behance.net)

ggy creek, etc, en EE.UU. y Canadá)¹⁶.

Pero este fructuoso listado de seres extraños estaba incompleto. En julio de 2018, Luis Jorge Salinas me dijo personalmente que detrás de las barrocas historias del Hombre-Gato¹⁷ de Brandsen (provincia de Buenos Aires) y de los aterrizantes sucesos protagonizados por el Payaso Asustador¹⁸ se asomaban las garras de un depredador pleistocénico que se creía —erróneamente— extinto desde hacía miles de años.

En pocas palabras, los avistamientos registrados a lo largo y ancho de América, así como la mayoría de los animales mutilados —que cada tanto los periódicos publicitan con bombos y platillos (voladores, incluso) relacionándolos con el *chupacabras*— tenían a un único responsable: un elusivo mamífero de la extinta megafauna americana, perfectamente adaptado a los tiempos que corren y con una capacidad extraordinaria de supervivencia. Un peligroso e inteligente depredador, cuyo aspecto, según Salinas, se resume en 2,30 metros de altura en posición bípeda, 500 kilos de peso, un aullido aterrador y la capacidad de atontar e inmovilizar a sus víctimas haciendo uso de una toxina, cuyo olor es parecido a una mezcla de amoníaco y



Portada de la revista *Edentata*, dedicada al «descubrimiento» del mapinguari

azufre (lo impediría que otros animales se acerquen a las presas muertas/mutiladas)¹⁹.

Pero, ¿dónde están las pruebas que demuestren todo esto? Salinas es consciente de que no las tiene y que, sin ellas, es imposible probar su hipótesis. Así y todo, guarda la esperanza de poder encontrar ese bendito Santo Grial de la «zoología». Bueno sería —incluso para un escéptico como yo— conseguir, como antaño, un pedazo de piel fresca, un hueso o una muestra de sangre. Algo que, análisis de ADN de por medio, permita zanjar la cuestión de una vez por todas²⁰.

Por el momento, los defensores de la bestia tienen que conformarse únicamente con testimonios que —como ya apuntamos y no nos cansaremos de repetir— no constituyen prueba de nada. No al menos en el campo de la ciencia. Esta exige la presencia de un holotipo²¹, no de rumores.

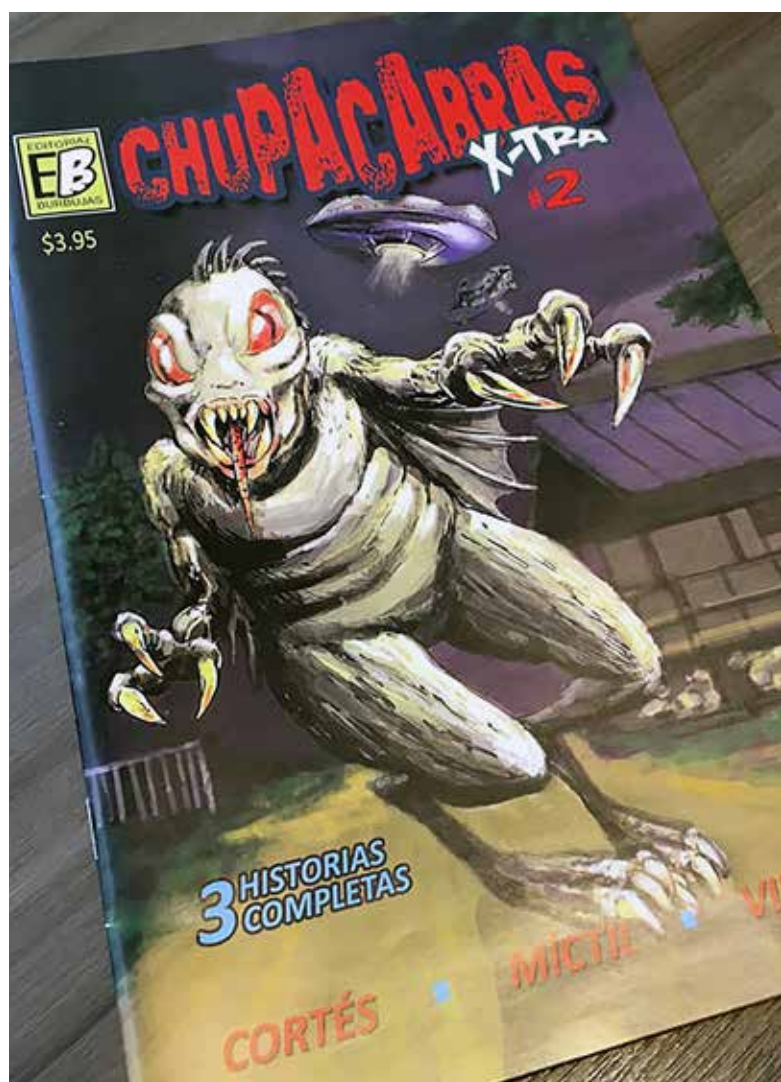
Convengamos algo: el universo de la criptozoología se mueve en un terreno complicado y resbaladizo. Es sencillo darse un patinazo y quedar mal parado para siempre. El sacrificio de años de estudio no puede tirarse por la borda persiguiendo una meta romántica, por más emocionante que esta sea. Ni llamar ciencia a

lo que no lo es. En caso contrario estaríamos construyendo bestiarios más parecidos a los medievales que a los catálogos científicos de la zoología. Y esto no significa tener una mente estrecha, sino manejarse con prudencia y seriedad. Así es como el conocimiento científico ha construido el edificio que hoy nos cobija. Dudando, cuestionando, elevando al máximo el sentido crítico, sin dejarse llevar por las esperanzas del público en descubrir mundos perdidos o por el sensacionalismo periodístico que condiciona, como ningún otro factor, las creencias contemporáneas.

Los testimonios no bastan. Una disciplina que busca la verdad no puede apoyarse en la confianza que el investigador pueda tener de un testigo, por más calificado que este pueda resultarle (todos podemos fallar, equivocarnos o mentir). Un relato, dos relatos, mil relatos, no revelan la verdad ni tienen valor probatorio. La percepción es muy influenciada, distorsionadora y selectiva. Las pareidolias están al pie y al orden con cada paso que damos; especialmente a la hora de analizar las fotografías de supuestos monstruos (siempre nebulosas, movidas, fuera de foco). Manchas inconexas que, guiadas por la imaginación, se transforman en aquello que se quiere ver²².

A pesar de todo lo dicho, creo que la «hipótesis del *Megalonix*» es una solución especulativa mucho más digna y menos *diabólica* (como diría Umberto Eco) que aquellas que atribuyen a los animales mutilados un origen extraterrestre o paranormal. Como lectura diferente, es bueno tenerla en cuenta. «Acá no hay marcianos ni seres interdimensionales —me dijo Luis—. Lo que tenemos es un animal que nadie (o muy pocos) están decididos a creer que existe». No cabe duda de su convencimiento. Tampoco de su altruismo. Salinas pretende ayudar a la comunidad denunciando lo que él cree es un peligro latente para todos. Tanto es así que le ha atribuido al «animal» la responsabilidad de numerosas desapariciones y muertes humanas, muchas de ellas sin resolver hasta la fecha.

La imagen de los actuales perezosos, pequeños, arborícolas, lentos y simpáticos, no debería conformar-



Recreación de un chupacabras

nos ni dejarnos tranquilos. Salinas indica que nuevas investigaciones paleontológicas prueban —a partir del análisis de restos óseos de miles de años— que los *Megalonix* eran veloces y omnívoros. Comían de todo, incluso carne. Aunque la cuestión está en debate²³.

La dispersión territorial de las distintas especies de perezosos gigantes, de los que se han encontrado restos antiguos, es enorme. Desde Puerto Rico y Cuba, México, Perú y Brasil, Argentina y Chile, en América del Norte, Sudamérica y el Caribe, la paleontología

Por el momento, los defensores de la bestia tienen que conformarse únicamente con testimonios que no constituyen prueba de nada.

ha dado con sus huellas por todos lados, indicando un alto grado de adaptabilidad. Y he ahí, según Salinas, el gran peligro que corremos. Todo el continente estaría bajo la amenaza de esta enorme bestia, en la que nadie cree. De ahí la urgencia por probar con material confiable su supervivencia.

Una garra

—Lo peor de todo es que sabemos que la prueba está —me dijo—, pero nadie hace nada al respecto.

—Pero, ¿qué prueba es esa? ¿En dónde está? —inquirí.

—Es una garra y la tienen en la provincia de Entre Ríos.

(...) *Un vecino de la zona rural, denunció el sábado [2 de octubre] en la Comisaría de Colonia Elía que desde hace 20 días observa la presencia de este ser con características anormales merodeando su vivienda (...) Tendría pelo amarillento de considerable extensión, uñas tipo garras y deja huellas de pisadas grandes. (...) Se trataría de una cosa con características muy extrañas ya que caminaba sobre sus patas traseras como si fuera un hombre (...). El personal policial, este martes [5 de octubre], se hizo presente y efectivamente observó varios rastros como pisadas, pelos de gran tamaño —de entre 6 y 10 centímetros de largo— e, inclusive, una garra-uña que estaba clavada en el tronco de un árbol...*²⁴

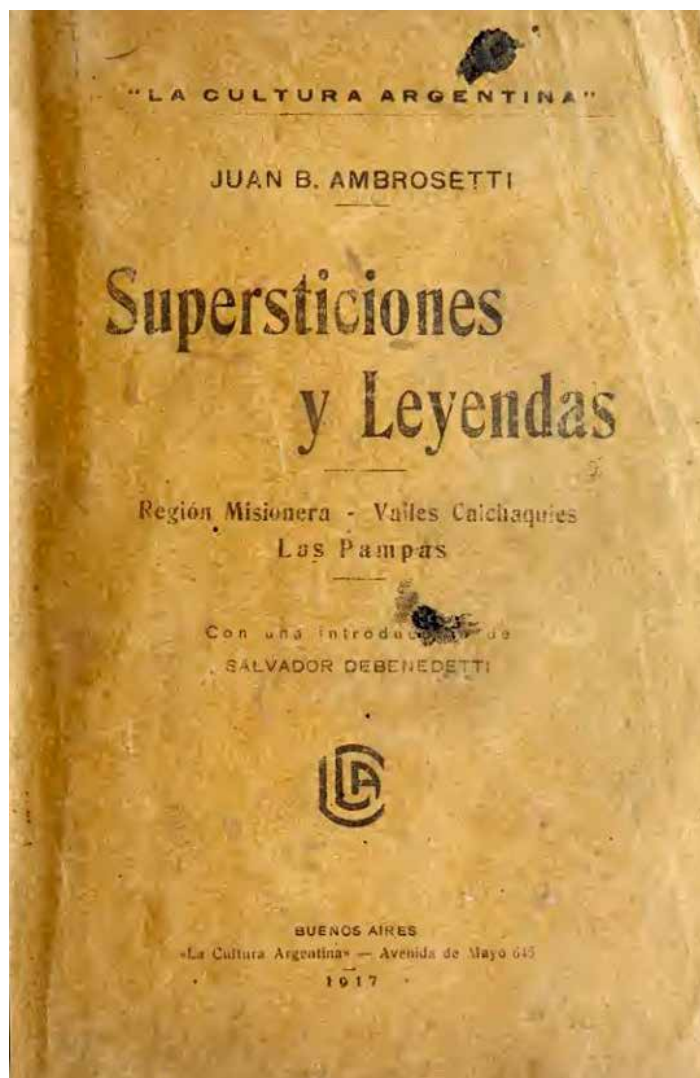
En conversación telefónica con Daniel Padilla (primer investigador en llegar a la chacra de los Restaino y responsable del retrato robot más temprano de la bestia), este expresó:

*Yo la garra no la vi, pero la familia me dijo que la policía se la había llevado. Después supe, por intermedio de un policía conocido, que la jueza María Cristina Calveyra —a cargo de la investigación por aquellos días— tuvo la garra en su poder, pero que la tiró a la basura. El caso no era relevante. Estamos hablando sólo de unas gallinas muertas y al no haber víctimas (humanas) no le dio importancia y cerró la causa*²⁵.

Seguimos como estábamos.

Palabras finales

Tengo un amigo muy querido, especialista en asuntos «extraños», que siempre me dice: «La verdad no importa demasiado en este tipo de relatos. Lo más probable es que nunca la conozcamos. Lo que sí son valiosas son las historias en sí mismas». Tiene razón. Son ellas las que —reales o ficticias— le dan sentido a la vida. La argumentan. Le proveen un guión digno a seguir, quitándonos de la monotonía y ofreciendo —a veces— un motivo por el que luchar.



Escépticos y creyentes estamos embarcados en el mismo bote. Mantenemos un diálogo de sordos que se perpetuará hasta tanto aparezca la prueba definitiva que zanje de una vez por todas la disputa. Aunque, tal vez, tampoco ocurra en ese hipotético momento. Los sistemas de creencias son duros de roer. Dogmáticos. Resistentes al cambio (de un lado y otro de la barca). Pero necesitamos embanderar la autocrítica. En lo que a mí respecta, estoy dispuesto a admitir errores y prejuicios (ya lo he hecho antes).

Ojalá que algún día el mapinguarí y otros críptidos puedan ser capturados física o fotográficamente sin inconvenientes técnicos. Estoy cansado de fotos movidas y fuera de foco que dan paso a mil interpretaciones distintas. Las pareidolias me saturaron. La voluntad de creer la agoté en mi adolescencia. Porque en aquellos días, claro, creía en monstruos.

¿Quién no se sintió atraído por las historias del Yeti o Nessie? ¿Quién —con sólo una pizca de espíritu aventurero— no soñó con emprender una expedición tras las huellas de Pie Grande o el Mokele Mbembe²⁶?

Yo sí lo hice. Pero pensaba al revés. Creía que un monstruo era auténtico, mientras no se demostrara lo

contrario. Eso me lo enseñó la prensa sensacionalista y la *lumpenliteratura*, acrítica y escrita por creyentes militantes, que por entonces consumía. Por lo demás, tampoco era (es) lógico argüir, como esa literatura propugnaba, que todos los asuntos imposibles del pasado hayan sido más tarde posibles. No siempre ocurre eso. Hay imposibles que permanecerán imposibles por siempre. A menos que condimentemos los cuentos con una adictiva dosis de ficción y posverdad²⁷.

En mi caso (y no digo que a todos les pase necesariamente lo mismo) la universidad fue la que me encauzó en el sendero de la Modernidad. En aquellos claustros dejé el pensamiento mágico. Lo que no significa que haya dejado de interesarme el tema. Basta con mirar hacia atrás para advertir que siempre ha sido parte de la humanidad. Siempre ha estado, ganando o perdiendo fuerzas según el contexto histórico y la emergencia de ciertos protagonistas que saben aprovecharlo.

Nuestra herencia literaria es densa y duradera. No siempre lo tenemos en cuenta. Somos lo que leímos y el modo en que leímos. Y resulta dificultoso romper ese molde con el que le dimos forma a la realidad. Los juicios previos y las fantasías de escritores como Arthur Conan Doyle, con sus verosímiles (y no tanto) *mundos perdidos*, nos marcaron. La *Otredad* se nos coló por cuanto intersticio halló en su camino. Recreó la mirada. Apuntaló una cosmovisión permisiva a la fábula y al deseo de seguir creyendo.

Pero lo que algunos miramos con ojos críticos, otros lo proponen como solución y salida a los problemas contemporáneos, intentando rescatar para ello la intuición, la magia y las maravillas, en un claro emerger de neorromanticismo potenciado; muy en boga entre los que suelen unir criptozoología con parapsicología, ovnis y misticismo.

No es este el caso que nos ocupó en el presente artículo. La búsqueda que criptozoólogos como Ameghino, Oren y el propio Salinas emprendieron está bien lejos de las heterodoxas propuestas de —por ejemplo— John Keel, quien sostenía que los monstruos no

serían más que manifestaciones engañosas y aparentes de alguna clase de «energía unitaria», subyacente a todos los fenómenos raros. La posible existencia de un depredador que se cree extinto es mucho más simple, aunque no por ello menos improbable.

El que va en pos de monstruos es muy probable que crea encontrarlos; y que genere en el camino más problemas que soluciones. Esas que no se encontrarán en ninguna expedición, sino en el análisis desapasionado que podamos hacer desde la historia de mentalidades, la sociología o la antropología cultural. Los monstruos hablan de nosotros mismos. De nuestros contextos históricos. Atentan contra las certezas y abren un siempre atractivo espacio que rompe con la mirada desencantada que tenemos de la realidad.

Y eso es lo que —en cierto sentido— les envidio a los buscadores del mapinguarí.

NOTAS:

(Enlaces verificados a septiembre de 2018)

1. Salinas, Luis Jorge y Salinas, Sergio, *Amazonas ¿Pleistoceno Park? Un testimonio Real*. E-Book, Primera Edición, Lulu, 2011. <http://www.lulu.com/shop/luis-jorge-salinas-and-sergio-abel-salinas/amazonaspleistoceno-park-un-testimonio-real/ebook/product-18561070.html>

2. Véase del autor (1998): *Expedición Vilcabamba. Romanticismo, ciencia y aventura*. <http://www.lulu.com/shop/fernando-j-soto-roland/expedici%C3%B3n-vilcabamba-romanticismo-ciencia-y-aventura/ebook/product-17479190.html>

3. Posteriormente el artículo fue publicado en internet en septiembre de 2004 con el título «Amazonía, el último reducto de las leyendas: el mapinguarí»: <https://www.monografias.com/trabajos16/amazoniaultimo-reducto/amazonia-ultimo-reducto.shtml>

4. *Ibid.*, pp. 11-13

5. Florentino Ameghino (1853-1911), célebre autodidacta y naturalista argentino que creía en la supervivencia de un milodón (perezoso gigante) del Pleistoceno en la Patagonia, contra la opinión general de los paleontólogos de la época, que lo consideraban extinto.

6. https://archive.org/stream/Goeldianazoolog19/Goeldianazoolog19_djvu.txt

7. Oren, David (2001) «Does the endangered xenarthran fauna of Anazoni include remnant ground sloths?» *Edentata*, 14, pp. 2-5

8. Véase del autor: «La elusividad como telón de fondo para una historia de lo extraordinario»:

Todo el continente estaría bajo la amenaza de esta enorme bestia, en la que nadie cree.



Megalonyx wheatleyi. Museo de Historia Natural de Nueva York. Foto: Daderot, Wikimedia

https://issuu.com/fernandojorgesotoroland/docs/la_elusividad_como_tel_n_de_fondo_p

9. Oren (1993), p. 3

10 Agradezco a Alejandro Agostinelli haberme sugerido este excelente concepto que él utilizó en un extraordinario trabajo inédito sobre la mitología ufológica de Capilla del Monte [Capilla del Monte: génesis de un folclore, 1988]. Véase de Allport, G. y Postman, L., «Por qué circulan los Rumores», en *Psicología del Rumor*. Disponible en Web: http://www.luisemiliorecabarren.cl/files/capitulo_I_por_que_circulan_los_rumores.pdf

11. Ramón Lista (18556-1897), militar y explorador argentino, responsable de una de las más sanguinarias e innecesarias matanzas de indios —onas— en Tierra del Fuego, hacia 1886.

12. *Ibid.*, p. 19

13. *Ibid.*, p. 20

14. Salinas, L.J. (2012) «Lobisón, chupacabras y mutilaciones de animales. Teoría de los megaterios». <https://megateriosvivos.blogcindario.com/2012/05/00002-teoria.html#comentarios>

15. *Ibid.*, p. 2

16. *Ibid.*, p. 2

17. Véase del autor: «Garras, ataques y maullidos: la leyenda del Hombre-Gato». https://issuu.com/fernandojorgesotoroland/docs/garras_ataques_y_maullidos._la_leye

18. Véase del autor: «Carcajadas de terror: la leyenda del Payaso Asustador». <https://es.calameo.com/books/0054060188d9f06d83b04>

19. Salinas, Luis Jorge, «Lobisón, chupacabras y mutilaciones de animales. Teoría de los megaterios». <https://megateriosvivos.blogcindario.com/2012/05/00002-teoria.html#comentarios> pág.3.

20. Hace unos 20 años (no puedo precisar la fecha ni más datos) pasaron por televisión una expedición en la que Oren y un científico escéptico se metieron en la selva buscando al mapinguarí. En tanto que Oren creía encontrar a cada paso señales de la bestia, el otro las desacreditaba con la misma velocidad. Las heces recolectadas por Oren (y a las que había apostado todo en pro de la identificación final) resultaron ser de un simple y mundano oso hormiguero.

21. Un holotipo es un ejemplar depositado en un organismo competente, ya sea un museo o una universidad, a disposición de la comunidad científica y que ha superado una prueba de ADN. Por otra parte, el descubrimiento debe ser publicado en una revista científica (no en internet ni en la sección de viajes del diario del domingo) para poder ser arbitrado según normas de la taxonomía.

22. Para una mirada claramente escéptica de la criptozología y sus monstruos, véase: Chordá, Carlos, *El Yeti y otros bichos ¡vaya timo!*, Ed. Laetoli, Pamplona, 2007.

23. Véase: «Plantas o carne. El debate sobre la dieta del megaterio». <http://www.conicet.gov.ar/plantas-o-carne-el-debate-sobre-la-dieta-del-megaterio/>

24. Artículo periodístico del jueves 7 de octubre de 2004 (fuente Terra.com) «Extraña aparición de un animal igual a Bigfoot en Argentina». <http://forosmp.com.ar/phpBB3/viewtopic.php?f=10&t=1098#p14114>

25. Conversación con el autor el 14 de agosto de 2018. Archivo personal

26. <https://es.wikipedia.org/wiki/Mok%C3%A8%C3%A9mb%C3%A8mb%C3%A9>

27. Véase: Flichtrentein, Daniel, «Posverdad: la ciencia y sus demonios», mayo 2017. <http://laverdadyotrasmentiras.com/literatura/posverdad-la-ciencia-y-sus-demonios/>